

Gauchito Gil, entre la adoración y la justicia divina. Un acercamiento al mito religioso popular desde la comunicación

Mauro Daniel Salvador

Facultad de Periodismo y Comunicación Social;
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

El mito religioso popular en la actualidad se revela a través de una figura emblemática en Argentina: el Gauchito Gil. La manifestación cultural que se genera entorno a su adoración, con una concurrencia cada vez mayor los ocho de enero de cada año por fieles y devotos, es registro de un proceso que implica cuestiones tales como la gratitud, identidad, los usos y costumbres.

El Gaucho milagroso genera un discurso que logra reivindicar a sectores marginados, en el nombre de la fe, es un paso que alimenta la figura y la historia de un personaje a cuasi santo. Los rasgos martinfierriscos de su vida, su participación en el federalismo, su injusta muerte, son emblema de un círculo que se registra en otras obras y en diferentes lenguajes a lo largo de los doscientos años de patria.

Se intenta aproximar desde la comunicación para ahondar en la conexión cultural que proyecta el Gauchito Gil con múltiples expresiones, junto a la potencia del mito en diferentes soportes; intensificar dicho proceso como reconocimiento de la rica variedad y la notoria fuerza que surge en la búsqueda – y nexos – de justicia y creencia religiosa.

Palabras clave: comunicación; religión; cultura; mito; discurso.

Artículo recibido: 12/04/16; **evaluado:** entre 20/04/16 y 20/05/16; **aceptado:** 16/06/16.

Al pasar por varias rutas y caminos de nuestro país se distinguen ermitas de color rojo con cintas a los costados, a veces abundantes, a veces mínimos; algunos autos tocan bocina o saludan desde adentro, ¿por qué lo hacen?, ¿a quién se lo dedican? Tal vez resulta familiar la leyenda o la historia porque se repite de distintas maneras: estampitas, banderas, estatuillas, oraciones, cánticos, festival y procesiones.

La figura del Gauchito Gil se dispersó por los paisajes más recónditos de la geografía nacional; la historia del gaucho Antonio Mamerto Gil Nuñez cumple con varias condiciones y atribuciones que permiten identificarlo como un fenómeno ambiguo, multifacético y hasta contradictorio.

Se puede pensar que es un santo porque lo veneran como tal, o se puede pensar que es una adoración pagana, sin mayor asidero; resulta provechoso indagar desde la leyenda y el mito popular a fin de dar cuenta sobre cómo llegó hasta ahora y cómo se manifiesta su creencia y culto en estos tiempos.

La religión popular tiene una extensa tradición y una fuerte presencia en la actualidad, con variedad de elementos que la constituyen en un campo prolífero en manifestaciones y encuentros, sobre todo en sincretismos culturales. Desde los años ochenta del siglo pasado en la Argentina ha aumentado el número de estudios y publicaciones principalmente académicas en referencia al crecimiento de dichos fenómenos.

Es tal el grado de importancia del panorama religioso, de la configuración social y las representaciones que en el año 2008 se da la Primera Encuesta sobre Creencias y Actitudes Religiosas en Argentina, llevada a delante por investigadores sociales del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

El director de dicho trabajo, Fortunato Mallimacci (2009), junto con otros investigadores sociales expone en un estudio subsiguiente basado en la encuesta que “la actual religiosidad latinoamericana, combina al mismo tiempo un proceso de individuación y comunitarismo de tradicionalismo e innovación” (Mallimacci, 2009: 3).

En el libro *Religiosidad Popular*, Rubén Ameigeiras (2008) se refiere al caso particular del Gauchito Gil, con énfasis en el crecimiento de su adoración en el último tiempo, que principalmente “se trata de una figura cuya reconocimiento es producto, exclusivamente, de la decisión del pueblo. No se trata de una imagen cuya veneración haya sido establecida institucionalmente por organizaciones o personas vinculadas al poder” (Ameigeiras, 2008:83).

Por lo mencionado anteriormente, el trabajo busca indagar en la representación social del Gauchito Gil desde lenguaje mítico y la comunicación desde tres esferas: lo religioso, lo histórico nacional y la leyenda para dar lugar a la configuración popular de las creencias en el ámbito de la protección y justicia divina, un conjunto de manifestaciones, símbolos y significaciones que abarcan la apropiación e identificación

El mito religioso popular

Para adentrar en la cuestión de la religión popular, la noción que brinda Ameigeiras resulta de utilidad, al considerarla como “la manera en que los sectores populares expresan sus apreciaciones y vivencias acerca de lo sobrenatural y el modo en que se vinculan con lo que consideran ‘sagrado’” (Ameigeiras, 2008:18).

La propuesta de las expresiones y vivencias que conforman lo religioso popular se articulará con el concepto de lenguaje mítico de Barthes, donde se puede reconocer la construcción de los relatos populares modernos. A su vez, las referencias actuales del mito y la religión están atravesadas por la sociedad de la información y las nuevas tecnologías en escalas regionales y globales.

Es necesario mencionar que cada país, sociedad y clase tiene y comporta distintos niveles de accesos a la tecnología, a la información y al manejo de estas. Es por ello que la construcción del lenguaje mítico se vincula indefectiblemente con las cuestiones de los avances en la comunicación y tecnologías, que afectan y proveen nuevos discursos y a su vez se configuran en nuevos lenguajes, en este caso el que se denominará mito religioso popular.

En referencia al mito, el semiólogo francés señala que “Este habla es un mensaje y, por lo tanto, no necesariamente debe ser oral; puede estar formada de escrituras y representaciones: el discurso escrito, así como la fotografía, el cine, el reportaje, el deporte, los espectáculos, la publicidad, todo puede servir de soporte para el habla mítica” (Barthes, 2010:200).

En el reconocimiento del habla mítica, y su construcción, continúa “La palabra mítica está constituida por una materia ya trabajada pensando en una comunicación apropiada. Por eso todos los materiales del mito, sean representativos o gráfico, presuponen una conciencia significativa que puede razonar sobre ellos independientemente de su materia” (Barthes, 2010:201).

Se configura en el proceso del mito, y en el religioso es muy marcada su presencia, el símbolo. Al decir de Rubén Dri, investigador y profesor de sociología versado en cuestiones de religión popular, “el símbolo constituye un momento esencial de la construcción del sujeto y, en consecuencia, participa de su misma dialéctica. Tanto el sujeto crea al símbolo cómo éste crea al sujeto”, y lo más significativo es que “en la medida en que el símbolo revierte sobre el sujeto creador, para formar con él un todo de sentido, pasa ser un momento esencial en la construcción e identidad del sujeto” (Dri, 2007:11).

La actualidad se caracteriza por la abundancia simbólica informativa, manejada desde diferentes puntos y atravesada en la circulación constante y fluida, en convivencia con las formas clásicas: en el caso del Gauchito Gil, las ceremonias de celebración y festejos, los rituales presenciales siguen con fuerza y se impregnan en los creyentes. Toda una representación con distintos lenguajes pero en simultaneidad: corporales, gestuales y visuales que conforman el mensaje del mito.

La necesidad de impregnar y manifestar la adhesión al culto religioso popular se transmite en un continuo de prácticas que se vuelven necesarias, es así que en los ritos

Se observa un ordenamiento estable de acciones que sostienen esquemas culturales por medio de la simbolización [...] ya que estos reactualizan los mitos de origen, instaurando un tiempo y un espacio sagrados en los que tanto el Gauchito como San La Muerte pueden mediar y concretar la solución de diversos problemas por medio de la manipulación del poder de la deidad suprema” (Funes, 2009).

Las prácticas populares religiosas en torno al Gauchito Gil dan cuenta de que la cultura se expande y se mantiene dinámica en relación con otros acontecimientos sociales, es un campo siempre interactivo donde las identidades están en pugna permanente. El agonismo por la prevalencia identitaria cultural se origina desde diferentes aspectos.

El mito religioso-popular del Gauchito Gil alcanza a configurar un proceso que se expresa y comunica desde un lenguaje simbolizado, que apropia otros discursos y los reelabora para la identidad subjetiva, personal y grupal, que los ancla en dicha manifestación, en un correlato discursivo propio.

Es el uso y el contexto social lo que definirá el discurso y su circulación y se valdrá del lenguaje. En definitiva, la construcción de un mito es cultural; en este punto se retoma el argumento que postula “una expresión no designa un objeto, sino que transmite un contenido cultural, que refleja el modo como una sociedad habla y piensa” (Delorenzi, 2010:132). No es posible una naturaleza *per se*, por fuera de la sociedad sino que la interacción y la detentación del poder postulan y hacen circular los distintos discursos

Al respecto, y para concluir con esta idea, se establece que “todos los lenguajes –lenguas naturales, sistemas artificiales creados por las ciencias o metalenguajes, lenguas de señas, costumbres, rituales, comercio, ideas religiosas, artes- son sistemas modelizadores que crean un modelo para interpretar, designar y categorizar la realidad” (Delorenzi, 2010:134).

La expresión de lo real, del mundo, de lo que circunda a cada subjetividad pasa por el tamiz del lenguaje; así el conocimiento, su transmisión y ampliación necesitan de un sistema de signos que es decodificado y asimilado por las propias culturas, reinsertándolo.

Alusiva y en concordancia es la reflexión vertida por el pensador Danièle Hervieu-Lèger en el artículo Algunas paradojas de la modernidad religiosa, en el que postula “Es el juego del reconocimiento lo que permite que se asegure, en el intercambio, la estabilización de las significaciones producidas individualmente y su posible socialización” (Hervieu-Lèger, 2007: 27).

Retomando a los autores mencionados se puede sintetizar en el concepto formulado por Amegeiras, la religión popular es “una posibilidad concreta de autoafirmación y resguardo, un recurso de carácter mítico-simbólico unido a un bagaje experiencial y vinculado con el universo cultural en el que los sujetos de los sectores populares despliegan su existencia”.

Gauchito, invocando la justicia divina

Hay un pasaje cultural en la leyenda del gaucho Antonio Gil entre lo religioso y la historia hasta llegar a la conformación del mito popular del Gauchito Gil, vasos comunicantes entre símbolos y significados que moldean un nuevo referente en el santoral argentino.

Cuenta la leyenda popular que Antonio Mamerto Gil nació cerca de la actual ciudad correntina de Mercedes y que murió un 8 de enero de 1878 en esos mismos pagos. Entre tantas idas y vueltas de su vida participó en la Guerra del Paraguay, fue cuatrero y desertor del partido Celeste por ser colorado o federal. Fue perseguido por una cuadrilla que lo degolló y colgó su cuerpo cabeza abajo para contrarrestar la fuerza hipnótica de su mirada.

Se dice que realizó su primera obra milagrosa con el comisario de la cuadrilla que lo asesinó, el cual invocó por su hijo enfermo ante Gil y éste lo sanó. Fue así que volvió el comisario y dándole cristiana sepultura, haciéndole una cruz de ñandubay espinillo, nació el Gauchito Antonio Gil, santo de su pueblo y el gauchaje.

Entonces vale preguntar ¿cuáles son los motivos para que una gran parte del pueblo confíe en la protección de un gaucho anónimo, cuasi delincuente y de prácticas ilegales? ¿Es la necesidad de materializar la justicia, de encontrarle un rostro y una imagen a la idea y al concepto que se arrastra en la continua lucha por vivir?

Sin dudas el culto al Gauchito Gil es un proceso popular en auge en el cual se mezclan e impulsan las nociones de identidad nacional en el aspecto criollo y autóctono argentino y la religiosidad creencia en las cuestiones de fe y valores. Para ahondar sobre esto se abordará el trabajo Identidad cultural en torno al culto del Gauchito Gil del antropólogo Pablo Cosso:

El culto se estructura sobre la base de valores (éticos y morales) provenientes de una *sociabilidad* católica, a la vez que supone una respuesta a la necesidad colectiva de encontrar referentes

identitarios “nativos” para expresar una religiosidad que la institución católica hegemónica adherida a sus “distancias culturales” no se interesa en legitimar (Cosso, 2009: 7).

Esta religiosidad planteada se registra en tatuajes del Gauchito o estampitas hechas calcomanías, repetidas en autos, camionetas, comercios; la presencia en el transcurrir diario, dónde la fe acompaña el pedido por lograr una ecuanimidad terrenal. Sobre el uso de los símbolos religiosos Cosso plantea “situar el culto del Gauchito Gil como forma de *religiosidad* y no como un “reflejo distorsionado” de la actividad religiosa normativizada” (Cosso, 2009: 3).

Son actos materiales religiosos de un pueblo ante lo divino que espera ver la equidad manifestada ya sea en milagros, sanaciones, trabajos y demás que los devotos ansían como respuesta, en términos específicos están “caracterizadas por una variabilidad de prácticas que pueden alinearse dentro de la dinámica del don y el contra-don, es decir la anticipación-retribución simbólica de favores pretendidos-obtenidos (materiales ó “espirituales”) entre cultuantes y entidad cultuada” (Cosso, 2009:3).

En relación con lo anterior, pareciera que la justicia desde los cielos se impartiera directa, sin equivocaciones, sin trámites, ni confusiones y sin participación de la burocracia pesada y lenta; sólo un mediador elegido, en este caso Antonio Gil, provee la fuerza para materializar la justicia.

El relato religioso en el que la divinidad suprema interviene a favor de lo humano. Como toda manifestación, tiene sus signos y símbolos. Antonio Gil adquiere una forma nacional, la propia personificación en un arquetipo configurado en la cultura popular, el “gaucho milagroso”.

En este punto se establece desde lo literario folclórico –la oralidad y lo escrito- una importancia para el traspaso de la leyenda y la canonización popular, en palabras de Cosso:

La validez de las *sagas* para la construcción del culto, responde al uso comunicacional por parte de devotos y promeseros de las *representaciones* que vinculan los atributos del Gauchito Gil con sus expectativas y motivaciones religiosas: ya sea por su figura de carismático bandido rural, por su carácter de “entidad milagrosa” ó por los valores éticos y morales que sus acciones ó discursos (Cosso, 2009: 5).

El mito popular se concreta en Antonio Gil con una leyenda simple y trágica, en la cual la justicia divina se encarna sucesivamente en diferentes momentos y sitios de la historia; en la que las inequidades tienen respuesta, un castigo verdadero y el universo funciona e impone un orden para los creyentes.

El gaucho perseguido, el gaucho patria

La configuración histórica del gaucho como expresión, modelo y sentir del pueblo sufrió varios cambios en la percepción y la valorización histórica que se fue generando de él. Una de las características devenidas fue la visión romántica literaria en su ligazón con la libertad. La dulce resonancia de su búsqueda con el deseo y anhelo por parte de todos los hombres y mujeres.

El Gaucho y la libertad van unidos, al igual que aquel a su caballo, a la pampa (aunque hay otros escenarios que recorre), a su montura, a su andar errante y despreocupado –al parecer-, hasta que llegó un cambio fundamental: la presencia de la ley, con la que la libertad se va restringiendo y su conducta se asemeja al libertinaje para el nuevo concepto de nación estado. Es bien conocida la obra cumbre de la literatura nacional argentina con el tema del gaucho. Martín Fierro es el súmmum que marca un antes y un después en la representación antológica de un héroe con características e idiosincrasia criollas. Se persiguió al gauchaje y bien lo describe:

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo:
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir,
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remuento el vuelo
Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que padre y marido ha sido
Empeñoso y diligente,
Y sin embargo la gente
Lo tiene por un bandido (Hernández, 1872: 10).

Se reordenó el espacio territorial y la figura del gaucho pasó a ser la de perseguido, el que debe hacer patria en la frontera entre los malones indígenas y la soledad del vasto territorio que se conquista. En los límites que se les impusieron, el fuerte o la persecución, algunos eligieron pelear o escapar y otros murieron; el sueño eterno de la libertad tuvo en el país una representación que mereció atención.

Martín Fierro es lucha, coraje y sabiduría criolla; La guerra gaucha es la poética al héroe de Sudamérica; Don Segundo Sombra es tradición y costumbre, varias obras (no solo literarias o escritas) rescatan distintos aspectos y muestran facetas de luces y sombras, carnales y de sentir popular.

Con el Gauchito Gil la fuerza de ese relato nacional criollo adquiere nueva forma, nuevas apropiaciones generacionales, de visualización estética y narrativa: se formulan nuevos códigos transmisores. Un gaucho que pase a ser santo, una historia que pase a ser mito, un milagro que pase a ser creencia, una tradición que se renueva y así se actualiza la lucha, la intervención de la justicia divina.

Antonio Gil nació en mitad del siglo XIX en Corrientes y al igual que varios coterráneos, vivía del esfuerzo en los campos de producción yerbatales, de madera o algodóneros hasta que un día es condenado por supuestos robos que tenían ribetes robinhoodescos. La autoridad representada en el comisario de la zona es la otra figura trascendental para que Antonio llegue a ser el Gauchito.

En la utilización y reconocimiento del gaucho como expresión de patria, mestizaje y valores es que adquiere un sentido de identificación y adopción al culto, ya que "La palabra *gauchito* posee una fuerte positividad en el imaginario popular: la denominación recupera la imagen del hombre investido del color rojo identificado con la tendencia *federal* y cargado de significación, por lo cual es necesario devolver los favores y promesas *con velas o cintas rojas*" (Ameigeiras 2008: 83).

Como hace referencia la canción Bandidos rurales de León Gieco, hubo centenares de gauchos que fueron perseguidos por ir en contra de las leyes y buenas costumbres, en algunos casos con razones ciertas, de enamorarse y corresponder a un amor imposible, o de seguir el camino de la libertad en una tierra que ya no lo era. Sin dudas va haber una diferencia de por qué los Bairoletos, Peralta, -alias Mate Cocido-, Moreira, Gato Moros y varios más no terminaron en un nivel de adoración y aceptación religiosa al que Gil accedió.

La tradición popular religiosa tiene un peso fundamental en la historia del Gauchito y el lenguaje mítico como soporte cumple con ese pasaje: de bandido a gaucho milagroso, de fugitivo a representar para cientos de personas la fe, la promesa a cumplir y el agradecimiento por haber intercedido ya sea por la salud, el trabajo, el cumplimiento de un trámite urgente, el bienestar de un familiar en un viaje, etcétera.

Devotos del gauchito Antonio Gil

Las raíces cristianas traídas por la conquista española a los territorios del Río de la Plata y los diferentes virreinos de América influyeron en el rasgo católico y la presencia de la iglesia como institución fuerte, la cual posee injerencia en la vida espiritual, el dogmatismo del culto, la aglutinación de la fe y la tradición que se generó desde el primer paso de Colón.

El panorama religioso cristiano cambió muchísimo en más de cinco siglos en tierras sudamericanas sin embargo su preponderancia sigue vigente, inclusive se vio regenerada por el actual Papa, Francisco I, de procedencia Latinoamericana, vigorizando y rescatando ciertas doctrinas y por su pertenencia a la rama jesuítica, la cual tiene un fecunda historia en los territorios del noreste argentino.

Lo mencionado trae a cuenta una de las características principales de la idiosincrasia del continente y que se mantiene hasta el día de hoy: la religión en la escena de la vida cultural y social. Es en esta configuración occidental cristiana que la adoración se fue desarrollando en diferentes comportamientos y manifestaciones, entre ellas la conformación de la religión popular.

El cambio registrado en América Latina, tanto en la forma de las prácticas religiosas como la oferta de creencias, se da según Giménez y Mallimaci porque "La doble dinámica de pluralización del campo religioso y de pérdida del monopolio del catolicismo ha contribuido a reconfigurar el campo religioso (...) Se abren nuevos espacios para nuevo grupos y para nuevas formas de vivir la religiosidad, que coexisten y no siempre dialogan entre sí" (2007: 52). El lugar que ocupan vírgenes y santos -algunos con más preeminencia que otros por los acontecimientos históricos de cada región, la evocación y el apego a la tradición católica, el poder y su circulación- y cómo se fueron generando en las sociedades las mezclas de culturas dieron la vitalización a nuevos ídolos.

La cuestión de la adoración en Latinoamérica es rica y de una gran diversidad, como a mezcla de los santos paganos junto a los católicos reconocidos; sin embargo esto en la Argentina no está tan aceptado y esta cruza permanente se vincula a zonas de pobreza y a una religiosidad mágica, como en las zonas del Caribe, Centroamérica o ciertas regiones del Brasil.

Hay que mencionar, además, la influencia guaraníca (Cosso, 2009; Amegeiras, 2008; Funes, 2009) en el proceso popular del Gauchito Gil. En la zona de la triple frontera entre la Argentina, Paraguay y Brasil imperó -e impera- la tradición originaria de los guaraníes y el lenguaje como huella, con un rico intercambio y con dialectos bilingües que se aceptan y usan corrientemente.

La presencia en el país de la Virgen de Luján, de Ceferino Namuncurá, San Cayetano o Pantaleón junto a las imágenes y estatuillas de la Difunta Correa, San La Muerte, etc. corresponden a expresiones latentes y con actualidad que conviven en el ámbito de la religiosidad popular. Es así que el Gauchito Gil viene a completar un espacio necesario dentro de las creencias del pueblo.

La configuración de un panorama que conjuga prácticas de adoración en distintos niveles y hasta de distintas procedencias se da por un recorrido de individuación y autonomización religiosa (Amegeiras, 2008; Mallemacci, 2008) por parte de los creyentes; recorridos

personales que constatan que “las pertenencias sociales se han vuelto fluidas y los individuos recorren caminos en los cuales es posible multiplicar las etapas, sumando sucesivas o simultáneas” (Giménez y Mallimacci, 2007: 55).

Teniendo en cuenta las posibilidades de múltiples y variadas formas de vivencia religiosa, sobre todo en el ámbito de lo popular, no hay que perder de vista lo que señala Hervieu: “Es cierto que el relajamiento de los controles institucionales de la creencia favorece la dispersión individualista de las creencias, no hay que perder de vista, sin embargo, que éstas se inscriben al interior de un dispositivo de limitaciones sociales y culturales cuyo arraigo no se puede soslayar” (2007: 19).

A efectos de este escrito lo fundamental es considerar al Gauchito Gil como representante de una expresión cultural autóctona y genuina, un molde que contempla el pasado, que lo rescata y actualiza. La carga de tradición gauchesca, de mestizajes, hace que no sea fortuito el surgimiento de un “gaucho milagroso” sin ser considerado santo oficial todavía, pues eso requiere un proceso institucional y de comprobación que puede llegar a plantearse.

Te pedimos nos bendigas y nos protejas

La figura del Gauchito Gil y la gran efervescencia que despierta, con miles de seguidores y devotos, provoca un fenómeno que era regional y fue prendiendo en todo el país. Esto no significa que desplazó a otras figuras religiosas sino que convive y ganó un lugar, ya sea por su historia, por su procedencia o por la pelea contra un poder que lo hizo morir y que sin embargo afrontó.

En el florecimiento del culto al gauchito por fuera de su Corrientes natal también se practican los rituales y procesiones, de ello da cuenta el trabajo de Mariángeles Funes (2009), específicamente en el conurbano bonaerense. La presencia de santuarios que instalan la fe y el acercamiento en donde “se rinde una fiesta en honor al santo, para la cual se realiza el montaje de un escenario y en esa oportunidad quienes le habían hecho promesas pagan su deuda”.

El agradecimiento como base del mito religioso, la capacidad de generar empatía a través de la gratitud manifestada de diferentes formas y en cualquier soporte, se produce y reproduce -en paredes, celulares, chat, stickers, tatuajes, etc.- que conforman discurso, con ingenio popular en la necesidad de manifestarlo, en una renovación constantemente de pertenencia y fe.

Para demostrar el agradecimiento y reafirmación de pertenencia se encuentran junto a los rituales elementos que acompañan y se pueden agrupar, según Pablo Cosso, en parafernalia

del culto en especial a la imagen (cigarrillos, alcohol, velas rojas, frases en banderas, etc.), elementos discursivos o gestuales (rezos, santiguaciones, oraciones) y acciones dedicadas (en especial chamamé y ritmos folclóricos).

En razón a lo anterior canta un chamamé –música típicamente litoraleña- del cura Gaucho Talas, en honor a Gil "...todos los fieles y promesantes le dan un rezo en oración". Para que el acto de adoración sea completo y haya una retribución es que el rezo y la ofrenda son necesarios. Sobre todo en términos de agradecimiento, en ayudar al otro, dejando algo que sea útil y a la vez que otro fiel corresponda y devuelva en algún momento con el mismo acto y una oración al Gauchito.

"Gracias Gauchito Gil" se puede leer en un pared urbana, un graffiti que pasa casi inadvertido, que se mezcla con otras palabras, con otros dibujos. La ciudad queda marcada con mensajes "anónimos" y por las distintas maneras de comunicar una creencia que va más allá de lo religioso.

Los devotos y creyentes manifiestan su compromiso a través de lenguajes que van desde la oralidad, las imágenes o iconicidad, las prácticas, gestos y actos que convocan y hablan de cómo se construye el camino de la cultura que acompaña y que no se puede despegar por la razón misma que se interactúa y se gesta por ella y en ese proceso a la vez crea rasgos propios.

Ejemplo de lo antedicho es la relación que Funes observa en la participación de los devotos:

La creencia se transmite y se reproduce -entre otras dimensiones- por medio de la danza, como un acto de argumentación. Durante el rito, se observa un ordenamiento estable de acciones que sostienen esquemas culturales por medio de la simbolización. Relacionándose de forma dialéctica el evento y el significado, pudiéndose encontrar una intención comunicativa que no sólo se recrea a través de la historia como vimos anteriormente, sino también a través de la acción en el ritual (Funes, 2009).

Por último, uno de los elementos significativos es la cuestión de la imagen icónica que circula del Gauchito Gil. Se lo puede ver en una postura de oración y piedad, con boleadoras, como si sostuviera un rosario, con la vestimenta gauchesca en la que destaca el color punzó respaldado por una gran cruz, la cruz de espinillo correntina. Por último la mirada que dice sin hablar, todo remite a conectar, a la hibridación permanente que se cruza.

Las posibilidades de creación, utilización y significación son variadas y dependerán del propio discurso que se genera entre lo material, los lenguajes y las representaciones en el tiempo y espacio determinados.

Conclusiones

Reflexionar sobre el Gauchito Gil desde la comunicación es plantear la cuestión de la religión en el terreno de lo popular y cómo este genera e interpreta sus lenguajes, discursos y hábitos. Un proceso cultural como es el culto al Gauchito indaga hacia dentro y fuera del cuerpo social y esto genera que el binomio cultura comunicación conecte hechos que parecen aislados y así juntarlos, darles una pertenencia desde el campo de las ciencias sociales.

Postular el campo religioso popular desde el mito como una configuración comunicativa social desde la cual se expanden y generan formas que necesariamente amplían las significaciones en los soportes mediáticos -ya que no se puede parcelar ni segmentar la cultura, sino que llega multidireccional y atrae varios conceptos, aglutinándolos-. En perspectiva del antropólogo Geertz, la cultura "Denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida" (Geertz, 1973: 87).

La adoración y las creencias son parte de un esquema que se trae desde tiempos remotos, immanente con la existencia de la humanidad ya sea en grupos, clanes, tribus o comunidades. La referencia que a partir de dichos esquemas se generan actos, costumbres, postulados, tabúes, etc., los cuales se comunican en manifestaciones constantes.

Con estas nociones se puede inferir que diariamente se practica una síntesis de imágenes, sonidos y conceptos que pasan a considerarse naturales, a ser significación. Así la religión completa formas culturales de justicia, paz, salud, prosperidad, entre otros que se transmiten generación en generación y van sedimentando la estructura social.

El Gauchito Gil dejó de ser un gaucho correntino, al igual que tantos, dejó de ser un fuera de la ley con una historia particular y pasó a formar parte de un lenguaje popular de adoración, agradecimiento, plegaria y peregrinación. A ser parte de la cultura religiosa popular con matriz criolla, mestiza, gauchesca, federal y conformando nuevos sentidos y pertenencias de identidad nacional.

Por todo lo mencionado cada vez que se lea, vea u oiga sobre la figura del Gauchito Gil en las distintas formas y expresiones, se estará ante la presencia de la religiosidad popular argentina, en qué se cree y cómo; ante la capacidad para reformular y seguir abarcando signos y significados, en este caso puntual desde un discurso que reconfigura el mito, la adoración y la fe.

Bibliografía

- Ameigeiras, A. (2008), *Religiosidad popular: creencias religiosas populares en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Barthés, R. (2010), *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Cosso, P. (2009), *Identidad Religiosa en torno al culto del Gauchito Gil*, Universidad Nacional de Salta, disponible en:
<<http://documents.mx/documents/gauchito-gil-identidad-religiosa-analisis-antropologico.html>>.
- Delorenzi, C. (2010), "El lenguaje como sistema semiótico", *Introducción a los estudios del Lenguaje y la Comunicación*, La Plata, Prometeo Libros.
- Dri, R. (2007), *Símbolos y fetiches religiosos II: en la construcción de la identidad popular*, Buenos Aires, Biblos.
- Funes, M. (2009), "Las búsquedas de sanación y los rituales terapéuticos vinculados al Gauchito Gil", *Especulo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid, disponible en: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero42/sanacion.html>>.
- Geertz, C. (1973), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Hernández, J. (1872), *Martín Fierro*, disponible en: <http://biblio3.url.edu.gt/Libros/gua_mf.pdf>
- Hervieu-Léger, D. (2007), *Algunas paradojas de la modernidad religiosa. Crisis de la universalidad, globalización cultural y reforzamiento comunitario*, disponible en: <http://148.206.107.15/biblioteca_digital/articulos/7-372-5599vma.pdf>.
- Mallimaci, F.; Esquivel, J.C. y V. Giménez Béliveau (2009), "Creencias religiosas y estructura social en Argentina del siglo XXI", *Boletín de la BCN* N° 124, Buenos Aires pp. 75 – 100.
- Mallimaci, F. y V. Giménez (2007), "Creencias e increencia en el Cono Sur de América. Entre la religiosidad difusa, la pluralización del campo religioso y las relaciones con lo público y lo político", *Revista Argentina de Sociología* 5 (9), pp. 44-63.